

CULTURA



ARTE Y FE: BELLEZA QUE TRANSFORMA

VÍCTOR FERNÁNDEZ DE MOYA



VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ DE MOYA

ARTE Y FE:
BELLEZA QUE TRANSFORMA

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Víctor Manuel Fernández de Moya
© Digital Reasons, 2016
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco. imagen: autor (interior de la Sagrada Familia).

Diseño de interior: Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-945247-6-9
Depósito Legal: M-34799-2016

Ficha bibliográfica: Fernández de Moya, Víctor Manuel (2016):
Arte y fe: belleza que transforma, Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Sin ti, Luna, este libro no habría sido posible

Índice

Prólogo	7
1. Arte y belleza a lo largo de la historia	9
1.1 La Prehistoria	11
1.2 La Antigüedad	16
1.3 Irrupción del cristianismo	19
1.4 Arte cristiano primitivo	21
1.5 Arte Bizantino	26
1.6 Situación social y cultural a lo largo de la Edad Media	33
1.7 Arte Románico y Gótico	40
1.8 Discusión medieval sobre la belleza	43
1.9 Conclusión sobre la Edad Media	46
1.10 El Renacimiento	49
1.11 El Barroco	53
1.12 Edad Contemporánea	58
2. Arquitectura cristiana. Fuente de inspiración para el artista	67
2.1 Francesco Borromini, precursor del arquitecto moderno	67
2.1.1 Biografía	67
2.1.2 Tres siglos de incomprensión	71
2.1.3 La geometría simbólica	73
2.1.4 La crítica del siglo XX al rescate de su obra	76
2.2 Cómo puede influir un edificio religioso a diferentes artistas (Víctor Hugo, Monet, Claudel...)	77
2.2.1 Notre Dame a través de la historia	78
2.2.2 Víctor Hugo	82

2.2.3 Paul Claudel	86
2.2.4 Notre Dame en la pintura.....	91
3. La Sagrada Familia.....	95
3.1 Antoni Gaudí	95
3.2 La Sagrada Familia.....	101
3.2.1 ¿Cómo surgió el proyecto?	101
3.2.2 El proyecto de Gaudí.....	103
3.2.3 ¿Y después de Gaudí, qué?.....	109
3.2.4 Etsuro Sotoo.....	113
4. Arte moderno y arte católico ¿compatibles?	117
4.1 Síntesis del arte durante el siglo XX	117
4.1.1 Vanguardias entre 1900 y 1930	118
4.1.2 Vanguardias entre 1930 y 1960	126
4.1.3 Vanguardias a partir de 1960	130
4.2 Catolicismo y arte moderno.....	134
4.2.1 La asociación El Arca y los Talleres de Arte Sacro	135
4.2.2 Marie-Alain Couturier	140
4.2.3 Los pontífices postconciliares y el arte religioso.....	145
4.2.4 Conclusión.....	152
5. Bibliografía.....	159

Prólogo

Este libro está pensado para compartir con todas las personas mi búsqueda de la belleza a través del arte, entendiendo la belleza como la Luz de Dios que ilumina la razón y los corazones de los hombres para que sean capaces de ver Su rostro a través del mundo que nos rodea.

No hace falta saber de arte para disfrutar del libro, puesto que he pretendido explicar de forma breve, y espero que amena, los distintos momentos y lugares en los que el arte ha servido como instrumento a la Fe para llegar a los hombres a través de diversos cauces.

No he podido por menos que hablar también de la historia y los pormenores de ese camino, en el que llevamos ya más de 2000 años, y del momento convulso en el que nos encontramos, así como del diálogo que desde hace cerca de 50 años han entablado los diferentes papas con los artistas de vanguardia sobre el auténtico sentido de la belleza.

Confío en que sirva para acercar un poco a todo el que lo lea la reflexión sobre el sentido de la belleza, que no debe ser exclusiva del artista sino de todo ser humano, ya que todos somos capaces de crear belleza a través de nuestras actividades cotidianas, así como de apreciar la belleza exis-

tente a nuestro alrededor. La belleza es siempre fuente de alegría y don que debe servirnos para apreciar el gran regalo de la vida.

Víctor Manuel Fernández de Moya

1. Arte y belleza a lo largo de la historia

La humanidad puede vivir sin ciencia, puede vivir sin pan, pero sin la belleza no podría vivir más, porque no habría nada que hacer en el mundo. Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí. (Dostoyevski, 1872)¹.

Esta cita del genial novelista ruso puede servir para introducirnos en la reflexión sobre el verdadero valor de la belleza. Dediquemos unos minutos a leerla detenidamente. ¿Es tan importante la belleza en nuestra vida? La belleza aparece constantemente a nuestro alrededor, la asumimos con naturalidad, sin darnos cuenta, como algo inherente al mundo en el que vivimos, al ser humano y a sus creaciones pero ¿qué es la belleza?

El concepto de belleza ha sido interpretado de diferentes maneras a lo largo de la historia. Cada época, con su correspondiente corriente artística, nos ha expuesto su particular visión de la belleza, relacionada íntimamente con la cultura reinante y, en muchas ocasiones, con interpretaciones radicalmente contrarias a las del periodo inmediatamente anterior.

En las siguientes páginas revisaremos de manera sintetizada la evolución del arte y del concepto de belleza en el mundo occidental para poder adentrarnos en toda su complejidad, para acercarnos lentamente a las diferentes respuestas que el ser humano ha ido dando a la pregunta con la que finalizábamos el primer párrafo ¿qué es la belleza? y así conocer su uso y significado en la actualidad, partiendo de sus mismas raíces.

Aunque en este libro vamos a centrarnos en las corrientes artísticas occidentales, quiero aprovechar para poner de manifiesto mi gran admiración por el arte oriental y africano, tan diferente en principio al nuestro pero que ha sido también capaz de crear enorme belleza.

Un ejemplo muy claro de esto lo tenemos en las once iglesias talladas en roca construidas en el siglo XII por el rey etíope Gebre Mesqel Lalibela. Según la tradición, Lalibela intenta construir una nueva Jerusalén como capital de su reino tras conocer la noticia de la caída de la verdadera Jerusalén en manos de los musulmanes.



Figura 1. Iglesia etíope excavada en la roca (siglo XII)
© 3coma14 / CC-BY-SA-2.0.

1.1 La Prehistoria

Antes de que pudiéramos contar con fuentes escritas que nos describiesen la vida y desarrollo de cada civilización, existió un extenso periodo del que sólo podemos sacar conclusiones por medio de exiguos restos humanos, utensilios y en algunos casos, pinturas. A esta época, de la que no tenemos testimonios escritos, la conocemos como la prehistoria.

Este comienzo de la cultura y el arte humano se pierde en un tiempo en que el hombre se hallaba limitado por sus propias fuerzas para enfrentarse a los enormes peligros y dificultades de su mundo. En ese periodo, muy lentamente fue aprendiendo a defenderse de la naturaleza y servirse de ella.

La prehistoria a su vez se divide en diferentes etapas en función de los materiales en que estaban fabricados los utensilios. Podríamos realizar una clasificación en dos grandes edades:

- La Edad de Piedra, que a su vez se subdivide en el Paleolítico (300.000 a.C-10.000 a.C.) que etimológicamente significa piedra antigua y en la que la caza es el sistema predominante de subsistencia. El Neolítico (10.000 a.C.-4.500 a.C.) que significa piedra nueva, es un periodo en el cual aparece la ganadería y la agricultura.
- La Edad de los Metales, que a su vez se subdivide en la Edad del Bronce (4.500 a.C-1.000 a.C.) y la Edad del Hierro (1.000 a.C-350 a.C.). El hombre cada vez demanda más elementos fuertes y resistentes que les permita una mejor confección de sus utensilios.



Figura 2. Venus de Willendorf (paleolítico)
© Anagoria /CC-BY-3.0.

lios y armas, para ello hizo uso de los metales. En este periodo se desarrollan la ganadería y la agricultura.

Gracias a la investigación realizada en la Sima de los Huecos de Atapuerca (Burgos), fechada en el Paleolítico más lejano, se ha demostrado que ya en esa época tan remota el hombre poseía un sentido religioso o transcendental.

Lo particular de este sitio además de la gran acumulación de fósiles, es que se hallaron cadáveres completos y no huesos aislados tanto en el caso de los animales como en el de los humanos. Los restos humanos hallados fueron identificados utilizando como criterio la dentición (la parte esquelética más representada), pudiéndose de este modo afirmar que 3 de ellos eran niños, 16 eran adolescentes y los 13 restantes eran mayores de 20 años.

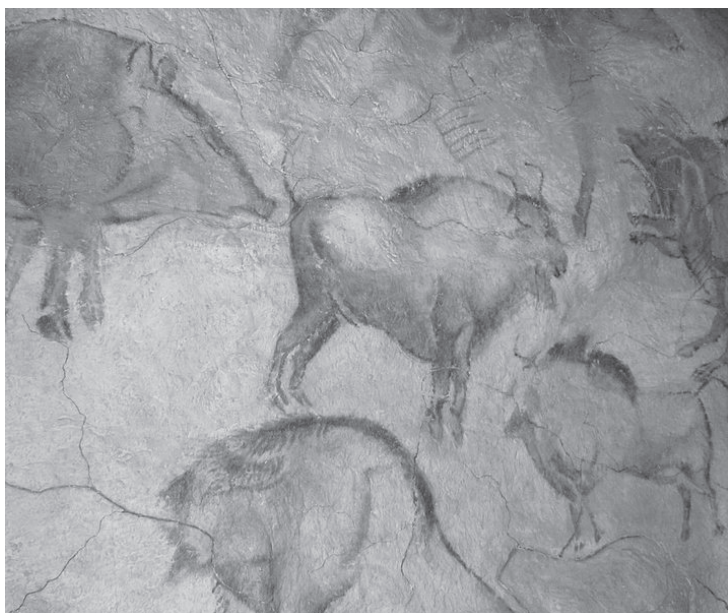
Lo más curioso de todo esto es explicar cómo se encontraron allí estos treinta y tantos cadáveres, ya que debido a la ausencia tanto de fósiles de herbívoros como de material líticos, esta demás decir que este yacimiento no fue utilizado como un ambiente donde estos homínidos realizaran sus actividades diarias.[...]

Se trataría nada menos que de una acumulación intencional de cadáveres, demostrado esto, tendríamos ante nosotros la más antigua evidencia de práctica funeraria, podría ser que este lugar fuese especial para ellos y por eso elegido para depositar los cadáveres de su gente. (Valenzuela, 2008)².

Todos los datos indican pues que la búsqueda de la transcendencia ha sido inherente al hombre de todos los tiempos.

Denominaremos arte rupestre al hallado en cuevas y grutas, donde destaca la conocida como la *Capilla Sixtina del Paleolítico*: La Cueva de Altamira (Cantabria).

En sus pinturas vemos ya con que gran sensibilidad y belleza trabajan los artistas prehistóricos, incluso aprovechan las protuberancias en la piedra para conferir a sus representaciones el efecto de tridimensionalidad.



*Figura 3. Sala de los policromos de la cueva de Altamira
(paleolítico superior).*

Existen diversas teorías que intentan explicar el significado de este tipo de pinturas, la más difundida es la que defiende que su función es la de propiciar una futura caza, pero es extraño constatar que los animales que con más frecuencia aparecen representados no fueran los más habituales en su dieta, ni que tampoco aparezcan imágenes de plantas y semillas que son una parte fundamental de su alimentación. Por esta razón, algunos autores se inclinan más por asociarlos con un significado religioso o con una forma de transmitir ritos y leyendas.

También se ha encontrado arte con forma de objetos rituales decorados, adornos personales y pequeñas esculturas de animales o de mujeres como la conocida Venus de Willendorf o la de Laussel.

Algunos estudiosos sugieren que en estas estatuillas, su corpulencia representa un estatus social alto en una sociedad cazadora y recolectora, que transmite la idea de seguridad y bienestar. Es bastante obvia también la referencia a la fertilidad.

Si hablamos de arquitectura prehistórica, sin duda los restos del monumento megalítico de Stonehenge, fechados aproximadamente sobre el 2700 a.C., sean los restos más impresionantes en cuanto su construcción y forma. Se desconoce la finalidad de esta construcción, algunos investigadores suponen que servía como templo religioso, monumento funerario e incluso existen hipótesis que defienden su uso como observatorio astronómico para predecir las estaciones.



Figura 4. Stonehenge (2700 a.C.) © David Ball - www.davidball.net.

Esta última explicación se basa en que durante el solsticio de verano, los rayos del Sol atraviesan justamente por el eje principal del monumento, lo que hace pensar que tenían algunos conocimientos sobre astronomía. Asimismo, en Stonehenge, se han encontrado alrededor de unos 300 enterramientos datados entre el 3.000 y el 2.200 a.C. Debido al

escaso número de enterramientos en relación con la franja de tiempo abarcada, se supone que debía ser un cementerio destinado para algún grupo específico de personas a las que se les daba ese honor.

Ya en la Edad de los Metales podemos encontrarnos con edificios más elaborados, técnica y estructuralmente, como las Taulas y Talayots de Baleares. Las Taulas y los santuarios talayóticos, junto con los grandes templos megalíticos de Malta están considerados como los grandes santuarios de la Prehistoria.

Aunque, como acabamos de ver, la prehistoria es una época de la que tenemos muy escasos datos y cuyos hallazgos únicamente pueden derivar en suposiciones y teorías que no podemos probar completamente, hay algunos hechos evidentes como la presencia de enterramientos, los adornos personales, las construcciones o el nacimiento de la pintura que nos hacen pensar en seres humanos con las mismas inquietudes que los actuales, que viven no sólo como animales que sobreviven en un medio hostil, sino como seres que aman a sus semejantes y los entierran esperando una vida más allá de la muerte, que buscan la belleza a través del adorno, que construyen monumentos cuya funcionalidad no es meramente práctica sino que trascienden su propio uso, que miran a las estrellas preguntándose los



Figura 5. Taula en el yacimiento talayótico de Talatí de Dalt (Menorca).

significados de la vida... En definitiva, nos induce a pensar que el arte, la búsqueda de la belleza y de la trascendencia es algo que nos ha acompañado desde el inicio de los tiempos.

1.2 La Antigüedad

El siglo VIII a.C. es la fecha que marca el ocaso de la civilización Micénica y el nacimiento de una nueva civilización que, poco a poco, va asentando sus futuras bases y que desemboca en el siglo V a.C. en el periodo conocido como Clásico.

La Grecia clásica es a su vez la base cultural del futuro Imperio Romano y juntos forman una misma cultura, que se convertirá en la cuna de la civilización occidental posterior.

Para los artistas y pensadores griegos la belleza radica en la perfección, proporción y armonía de la obra. La escuela pitagórica postula que toda la realidad se puede sintetizar por medio de proporciones matemáticas, estando hecha la naturaleza a imagen de los números y siendo éstos la principal manifestación de la armonía del universo.

Es Euclides (300-265 a.C) el primero en realizar un estudio de la proporción áurea, también conocida como número áureo. Desde la Antigüedad muchos artistas lo han utilizado en el arte, principalmente en el diseño de obras arquitectónicas atribuyéndole valores místicos.

El número áureo es el valor numérico de la proporción que guardan entre sí dos segmentos de recta a y b (a más largo que b), que cumplen la siguiente relación: la longitud total $a+b$ es al segmento a , como a es al segmento b .

Escrito como una ecuación algebraica sería: $\frac{a+b}{a} = \frac{a}{b}$

Podemos distinguir el número áureo en numerosas formas de la naturaleza, desde la concha del nautilus, los pétalos

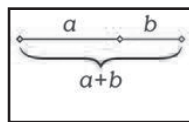


Figura 6. El número áureo.

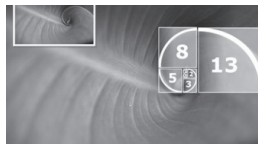


Figura 7. La proporción áurea en la bromelia.

de las flores o la hoja de una bromelia.

Esta búsqueda de las medidas ideales da paso a la aparición del canon, que es una relación matemática, medida de elementos que integran cada una de las partes.

La civilización griega clásica tiene un enfoque fuertemente antropocéntrico, lo que hace que sitúe al hombre como centro del universo y medida de todas las cosas. Por ello, todos los campos del arte griego toman al hombre como el punto de partida, siendo este el principal interés de la pintura, la escultura y la arquitectura. Esta visión del ser humano es retomada en la Italia de los siglos XIV y XV, dando origen al Renacimiento.

En la arquitectura griega todos los elementos constructivos obedecen a unas relaciones fijas, marcadas con anterioridad, que originan los distintos órdenes arquitectónicos. No es la arquitectura la que busca soluciones, sino la cultura griega la que proporciona a la arquitectura las normas estéticas y matemáticas a las que debe adaptarse.

Este concepto de belleza obligará a los arquitectos griegos a tener que corregir incluso a la propia realidad, pues al trasladar estas medidas ideales desde el plano a la materia se producen deformaciones naturales en la percepción (efectos ópticos) que provocan que el espectador no perciba la construcción tal y como está realizada, sino que vea algunas líneas rectas como curvas, o de menor distancia de unas columnas respecto de otras.

Un caso muy conocido lo encontramos en el Partenón de la Acrópolis. Para evitar efectos ópticos los arquitectos van «trucando» las dimensiones por medio de complejos cálculos matemáticos. El ojo humano percibe la perspectiva disminuyendo la longitud del objeto que está más lejano, por lo que para dar la sensación de que las columnas son iguales en altura y anchura, algunas tienen un mayor diámetro y otras se encuentran a una distancia diferente para transmitir la sensación de armonía y perfección.



Figura 8. El Partenón, 447- 432 d.C. (Atenas)
© Harrieta171 / CC-BY-SA-3.0.



*Figura 9. El Doriforo
de Policleto (450 a.C.) ©
Tetraktys / CC-BY-2.5.*

La escultura clásica griega conocida como tal, se inicia en el año 450 a.C. cuando Policleto escribe su famoso tratado en el que describe un canon que es de referencia obligada para las siguientes generaciones de escultores griegos. Este canon es fielmente reproducido en la estatua del Doríforo.

La representación del cuerpo humano desnudo en estado de equilibrio y armonía es el tema por excelencia de la escultura griega. Estas representaciones escultóricas se convierten en el modelo ideal para la ciudadanía.

Este arte tan marcadamente antropocéntrico queda reflejado en la siguiente cita de la obra *Antígona* (442 a.C.) del poeta trágico Sófocles (495 a.C. - 406 a.C.):

Muchas cosas hay portentosas, pero ninguna tan portentosa como el hombre; él, que ayudado por el noto tempestuoso llega hasta el otro extremo de la espumosa mar, atravesándola a pesar de las olas que rugen, descomunales [...] en nada se aventura hacia el futuro; solo la muerte no ha conseguido evitar, pero si se ha agenciado formas de eludir las enfermedades inevitables. (Sófocles, 442 a.C.)³.

Un poco más adelante, algunos grandes pensadores griegos empiezan a intuir que la belleza es mucho más que una mera perfección de formas proporcionadas y armoniosas.

Es el filósofo Platón (427-347 a.C.) quién manifieste que la verdadera belleza es la que interpela al espectador, la que consigue arrancarle de la comodidad de lo cotidiano, de la vulgaridad, y le permite abrir los ojos a una nueva forma de entender y estar en la vida. En definitiva, la belleza debe empujarnos hacia pensamientos más elevados.

Para Aristóteles (384-322 a.C.) la belleza no tiene relación con lo que es agradable a la percepción de nuestros sentidos porque eso es únicamente objeto de contemplación y no de deseo. Lo bello debe agradarnos porque es bueno en sí mismo, es decir existe una relación intrínseca entre el bien y la belleza: lo bueno tiene que ser bello.

1.3 Irrupción del cristianismo

Con la aparición del cristianismo, la visión antropocéntrica del arte clásico grecorromano poco a poco se va convirtiendo en una visión teocéntrica, donde Dios, y no el hombre, es el centro del universo.

El cristianismo mantiene algunos aspectos de la filosofía griega que acabamos de leer, pero enfocados desde su propia doctrina, matizándolos y puliéndolos para hacerlos reflejar mejor la relación del hombre con Dios.

El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto, el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios. (Benedicto XVI, 2011)⁴.

Estas palabras nos recuerdan a la belleza que define Platón en su obra, esa que nos impulsa hacia pensamientos más elevados, pero ahora bajo el tamiz del cristianismo, esos pensamientos elevados son reconocidos como el deseo de ese Dios creador que se vuelve accesible al hombre como Padre.

La belleza pues, puede convertirse en un camino que nos acerque a Dios, un camino alejado del desengaño y la sordidez, un guía hacia el Amor, el amor de Dios padre que ha creado un mundo armónico como reflejo de su alegría creadora.

El cristianismo entiende la belleza como un eco del Creador, como expresa poéticamente Jean-Marie Couturier: «Aquella voz misteriosa de la belleza que incita a nuestro corazón, es eco de otra voz y de otro corazón». (Couturier, 1942)⁵.

Por lo tanto, la belleza está ligada al deseo del bien que nace de Dios, que está grabado por Él en nuestro corazón para guiarnos de vuelta al Padre, pero no se queda ahí, sino que aparece otro término de gran significancia y que, juntos, forman un trinomio inseparable dentro de la doctrina cristiana: Belleza, Bien y Verdad.

En el Catecismo de la Iglesia Católica se nos dice: «El hombre con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, el hombre se interroga sobre la existencia de Dios. En todo esto se perciben signos de su alma espiritual. La semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia, su alma, no puede tener origen más que en Dios». (Catecismo, 2005)⁶.

Una vez que nos abrimos a la verdad y a la belleza es mucho más sencillo encontrar la senda que nos acerque al bien,

a la presencia de Dios. Como el propio Jesucristo dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí». (Juan, 14: 6); sólo a través de él podremos llegar a conocer a Dios padre.

Por supuesto, no debemos perder la perspectiva de que el cristianismo ya tiene tras de sí más de dos mil años de antigüedad, tiempo más que suficiente para que el arte cristiano haya ido evolucionando y transformándose siguiendo las pautas de cada época, evolucionando para dar respuesta a las necesidades e inquietudes de cada momento.

No hay cosas tan provisorias y pasajeras, tan fugaces, como la eficacia de la expresión religiosa en las artes: gestos y rostros que han emocionado y sobrecogido a ciertas almas cristianas durante largo tiempo, después han agotado su poder, no tocan ni despiertan el menor eco. Siglos pasan antes que las mismas obras vuelven a apoderarse de las almas. (Couturier, 1942)⁷.

A continuación, aunque de manera abreviada, iremos desgranando los diversos estilos artísticos que han sido creados desde el pensamiento cristiano para capturar el sentido de belleza presente en cada época.

1.4 Arte cristiano primitivo

Los apóstoles, siguen el mandato que han recibido de Jesús resucitado de marchar para hacer discípulos de todas las naciones, dando comienzo a su labor evangelizadora. Esta actividad misionera da como fruto la fundación de multitud de comunidades cristianas en muy diversos lugares de todo el orbe.

Un hecho de vital importancia para conferir al cristianismo universalidad es la apertura de la evangelización a los gentiles, no centrándose solamente a los de origen judío.

Estos primeros siglos del cristianismo (I al IV d.C.) son

de una gran dureza, debido sobre todo a las persecuciones que sufren: primero a manos de los sacerdotes judíos y posteriormente de los emperadores romanos. En este clima de supervivencia es fácil entender que el arte no sea una prioridad para estas comunidades cristianas primitivas: es la época de los martirios masivos.

Las comunidades cristianas situadas en la ciudad de Roma comienzan a enterrar a sus muertos en una hilera de tumbas subterráneas, conocidas como catacumbas. Estos enterramientos forman complejos laberintos que dificultan su entrada a toda persona ajena al lugar. Además los cristianos se amparan en el derecho romano que contempla sagrado e inviolable cualquier tipo de sepultura, sin importar el credo religioso del fallecido, por lo que las catacumbas están sujetas a una especie de derecho de asilo.

Por ese motivo las catacumbas son utilizadas ocasionalmen-



Figura 10. Catacumba de San Calixto, siglo II y III d.C. (Roma)

© GerardM / CC-BY-SA-3.0.

te como lugar de culto cristiano. Tenemos constancia de zonas más amplias que pueden haber sido usadas como criptas o templos, dónde hubiera sido posible la administración de los sacramentos y la predicación de la Palabra de Dios. Estas zonas de mayor dimensión constan de dos estancias, una para cada sexo e incluso en algunos espacios de mayor tamaño se han encontrado con un altar en el centro.

Como hemos comentado anteriormente, durante las persecuciones la ornamentación es prácticamente nula, a excepción de algunas monedas que se fijan en las tumbas y de pequeños relieves de piedra tallados para señalar la fecha de la muerte.

En los periodos en los que las persecuciones son menos feroces comienzan a aparecer por primera vez frescos en los muros. Estos frescos se pintan en las estancias más amplias, que suelen tener una forma poligonal, denominadas cubículos, las cuales están reservadas para las tumbas de los mártires.

Al principio estas pinturas son de temática animal o vegetal, con un marcado significado alegórico: la paloma es el símbolo del alma y el pavo real simboliza la eternidad. En las décadas posteriores se empiezan a representar las figuras de Jesucristo como el Buen Pastor, o la Virgen María con el niño en brazos.



Figura 11. La Natividad, siglo II d.C. (Catacumbas de Priscila) © KAI40 / CC-BY-SA-3.0 y El Buen Pastor, siglos II y III d.C. (Catacumbas de San Calixto).

Ya desde las catacumbas, los cristianos comienzan a expresar su Fe por medio del arte, a acompañar las tumbas de los mártires de los símbolos que indican la trascendencia de su sacrificio. Podemos suponer que estas pinturas quieren ayudar a la oración y a la superación del sufrimiento a todos los cristianos perseguidos que allí se reúnen, mediante imágenes que transmitan

la expresión del amor de Dios y la confianza en la vida eterna.

El arte de este momento es básicamente pedagógico. Con los escasos medios que poseen, el miedo a delatarse como cristianos y la enorme tasa de analfabetismo, las pocas imágenes que se realizan sirven para confortarse y fortalecerse mutuamente en la Fe.

En el año 313 d.C. se publica el Edicto de Milán, bajo el mandato del emperador Constantino, por el cual el Imperio Romano permite la libertad de culto. Por fin los fieles cristianos pueden manifestar su religiosidad sin temor a ser perseguidos, a partir de ahora se pueden reunirse abiertamente para celebrar la Eucaristía.

Con el Edicto de Tesalónica (año 380 d.C.) del emperador romano Teodosio, el cristianismo pasa a ser la religión oficial del Imperio. Este hecho produce un punto de inflexión en el cristianismo que pasa de ser una religión minoritaria a convertirse en un breve periodo de tiempo en la mayoría de los ciudadanos romanos. No había transcurrido demasiado tiempo en el que profesar la religión cristiana conllevaba una discriminación social o en muchos casos la pérdida de bienes e inmuebles o incluso la misma vida. En cambio a partir de ahora, el ser cristiano es bien visto por las más altas autoridades y permite ascender en el escalafón político y militar.

Este aluvión de bautizados, en gran parte de ellos por motivos de interés material, hace decaer de manera drástica la «calidad» del cristiano. Entendida esta calidad como un mayor compromiso con los valores evangélicos. Además, al convertirse en la religión mayoritaria, es preciso disponer de una serie de lugares de culto de grandes dimensiones que permitan dar cobijo a todos estos nuevos fieles. Estos nuevos lugares deben ser dignos en cuanto a la forma y a la ornamentación para poder acoger en ellos a la clase poderosa recién bautizada.

Se denomina Arte Paleocristiano o de los primitivos cristianos el que se desarrolla durante los cinco primeros siglos del cristianismo, hasta la invasión de los pueblos bárbaros.

Las autoridades cristianas adoptan inicialmente la forma

basilical. La basílica es un edificio de grandes dimensiones que en Grecia y Roma había tenido función pública, siendo habitual encontrar en los edificios de este tipo usos como tribunales y mercados. Además, se ubican en un lugar preferente de las ciudades romanas: el foro. Con el paso de los años, el término de basílica empieza a ser sinónimo de templo cristiano de grandes dimensiones, en el cual se desarrollan ritos especiales y con privilegios en materia de culto.

El ejemplo de basílica romana más antigua que ha llegado a nuestros días, aunque con las evidentes reconstrucciones producidas a lo largo de los siglos, es la basílica de San Juan de Letrán en Roma. Es levantada en el siglo IV d.C. bajo el mandato del emperador Constantino, en honor de San Juan Bautista y del evangelista San Juan.

Pese a las modificaciones que ha padecido por culpa de terremotos e incendios, sigue respetándose su forma primitiva. De esta época son los portones de acceso a la basílica, los cuales son los originales de la Curia del Senado, provenientes del Foro Romano. Destaca también el mosaico del ábside, que es una reproducción fiel realizada en el siglo XIX del mosaico original.



Figura 12. Ábside de la Basílica de Letrán © Tamaskiss36/ CC-BY-SA-3.0.

En el plano filosófico y teológico predomina la Patrística. Corriente teológica que se ocupa sobre todo de la apología o defensa del cristianismo frente a las religiones paganas primero y, posteriormente, frente a las sucesivas interpretaciones heterodoxas que dan lugar a las herejías.

Su nombre deriva de los Padres de la Iglesia, obispos y teólogos, que en los primeros siglos del cristianismo realizan una labor doctrinal que se considera fundamento de la fe y de la ortodoxia de la Iglesia Católica.

1.5 Arte Bizantino

El Imperio Romano, ya dividido entre occidente y oriente, arrastra consigo una lenta decadencia en todas sus esferas. Las invasiones bárbaras son cada vez más frecuentes y mejor organizadas hasta que, en el año 476 d.C., se certifica el fin del Imperio Romano de occidente al ser depuesto el emperador romano Rómulo Augusto y sustituido por el rey Odoacro, de la tribu germánica de los hérulos.

Antes de entrar más en detalle del devenir de la Europa occidental, quiero detenerme en el tipo de arte que se realiza en la parte del Imperio Romano de oriente, ya que es el primer tipo de arte genuinamente cristiano : el Arte Bizantino.

Tenemos que retrotraernos al año 330 d.C. cuando el emperador Constantino decide trasladar la capital del Imperio de Roma a Bizancio, cambiando su nombre por el de Constantinopla, en honor del emperador.

Constantinopla es un lugar privilegiado geográficamente para las transacciones económicas entre Asia y Europa, al situarse en el paso marítimo obligado entre el Mar Negro y el Mediterráneo. Así nace el Arte Bizantino a mediados del siglo IV d.C., arte que sabe conjugar las influencias de la cultura helénica del mundo oriental europeo con el oriente asiático representado por la Persia sasánida, poniendo todo ello al servicio del cristianismo y siendo a su vez aprovechado para honrar al monarca.

En arquitectura se cambia la planta basilical por la central y se adopta el uso de la cúpula semiesférica para cubrir los templos de planta circular, poligonal o cuadrada, la más habitual. La característica más visible de la arquitectura bizantina son las pechinas: cuatro triángulos curvos que sirven para sostener la cúpula (se intercalan entre los apoyos y la cubierta) y que parten de los vértices de la planta cuadrada a la circular de la cúpula.

Este estilo va perfeccionándose con el tiempo. Al principio, se abren las ventanas en la parte baja de la cúpula, para más tarde abrirse en el tambor elevado bajo ella, al mismo tiempo que se van añadiendo otras cúpulas en torno a la central, creando un bello efecto de repetición armoniosa.

La basílica de Santa Sofía es el mejor exponente de este arte, es mandada construir por el emperador del Imperio Romano de oriente, Justiniano, en el año 532 d.C. bajo la dirección de dos arquitectos, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto.

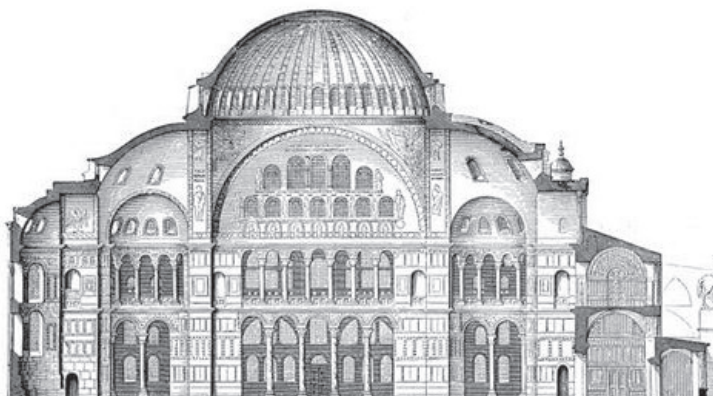


Figura 13. Sección de la Basílica de Santa Sofía, siglo VI d.C. (Estambul).

Como es habitual en la época, el interior de la basílica trata de provocar en el creyente la impresión de estar ante la presencia de la Divinidad, presencia que puede suscitar tanto el amor como el temor de Dios.

La influencia de la decoración de revestimiento total por

medio de mármoles policromados, que en la Roma pagana se realizan para reflejar la riqueza y grandiosidad de su civilización, es reorientada en el arte bizantino con la única finalidad de honrar a Dios.

Otra innovación bizantina es dotar al mosaico de la más alta dignidad elevándolo a los ábsides y cúpulas, que dejan atrás a los simples dibujos geométricos, símbolos y alegorías de la vida cotidiana, para tratar escenas bíblicas, desde pasajes de los evangelios o del apocalipsis a relatos hagiográficos.



Figura 14. Mosaico de la entrada suroeste de la Basilica de Santa Sofía (Estambul). Contiene el monograma «Madre de Dios». © Georges JansooneJoJan / CC-BY-SA-3.0.

El interior de los templos bizantinos contiene una entrada de luz débil y muy sutil, que permite crear una atmósfera de recogimiento. A este efecto se le añaden los centenares de lámparas colgantes que crean la ilusión de un techo centelleante. Los reflejos de las lámparas en los grandes mosaicos los hacen brillar de tal forma que parecen que realmente estuviésemos mirando a los ojos de Cristo, de la Virgen María o de los apóstoles y santos allí representados.



Figura 15. Interior de la Basílica de Santa Sofía (Estambul) © Casalmaggiore Provincia / CC-BY-SA-3.0.

Una de las mejores descripciones de la belleza que han sido capaces de crear, así como de la capacidad de ésta para impregnar el alma humana y acercarla a Dios, la encontramos en *De Aedificiis*, del historiador bizantino Procopio de Cesarea (siglo VI) al describir la basílica de Santa Sofía:

De esta manera la iglesia se ha convertido en un espectáculo de gran belleza, magnífico para los que pueden gozar de ella, e increíble para los que de ella oyen hablar [...] Sobre este círculo hay una enorme cúpula semiesférica, que embellece extraordinariamente el edificio. Parece que no está construida de sólida mampostería, sino que se sostiene desde el cielo por medio de una cadena dorada [...] Siempre que se acude a esta iglesia para rezar, se comprende inmediata-

mente que este trabajo se ha realizado no por el poder o la habilidad humanas, sino por la influencia de Dios. Y así, la mente del creyente se eleva hacia Dios y flota en las alturas, pensando que Él no puede estar lejos, sino que debe amar el habitar en este lugar que Él mismo ha escogido... (Yarza, 1982)⁸.

Después de la caída de Constantinopla en el siglo XV en manos del Imperio Turco, Santa Sofía se convierte en mezquita, realizándose modificaciones en la construcción original tales como los cuatro minaretes de gran tamaño que se adosan en el exterior para la llamada a la oración musulmana.



Figura 16. Exterior de la Basílica de Santa Sofía (Estambul)

© StanislavKozlovskiy / CC-BY-SA-3.0.

No podemos terminar de hablar del arte bizantino sin mencionar sus iconos. Para la mentalidad bizantina no son meras representaciones religiosas como ocurre en el arte occidental,

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Arte y fe: belleza que transforma*, de Víctor Manuel Fernández de Moya. El libro completo recorre en cuatro capítulos más de dos mil años de camino compartido entre el arte y la fe cristiana, entendiendo la belleza como luz que acerca a Dios, hasta el diálogo actual entre los papas y los artistas de vanguardia. No hace falta saber de arte para disfrutarlo.

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/arte-y-fe-belleza-que-transforma

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Arte y belleza a lo largo de la historia.** De la Prehistoria y la Grecia clásica al arte paleocristiano, bizantino, románico y gótico, el Renacimiento, el Barroco y la Edad Contemporánea.
- **La arquitectura cristiana como inspiración.** Borromini y su geometría simbólica, y cómo Notre Dame marcó a Víctor Hugo, a Paul Claudel y a los pintores.
- **La Sagrada Familia.** Antoni Gaudí, el origen y el proyecto del templo, qué ocurrió después de su muerte y la figura del escultor Etsuro Sotou.
- **Arte moderno y arte católico, ¿compatibles?** Las vanguardias del siglo XX, El Arca y los Talleres de Arte Sacro, Marie-Alain Couturier y los pontífices postconciliares ante el arte religioso.

Con abundantes ilustraciones y bibliografía final. Colección «Argumentos para el siglo XXI».

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-945247-6-9



Escanea para comprar